

EL LUTO

Por Juan Francisco Valerio.

I

Preocupaciones, y muchas, tenemos todos los que, en usufructo, poseemos el mundo, y particulares costumbres cada uno de sus individuos; más todavía; cada uno de sus pueblos, el de La Habana inclusive, sin que por esto digamos que los efectos de mala educación, o cosa parecida, de determinadas personas o familias, sirvan de pretexto al escritor de costumbres, para criticar a una población entera ridículo es de que sólo son responsables señaladas personas.

Pero costumbres hay tan arraigadas, por decirlo así, en el corazón de los pueblos, en casi todos, que solo con el transcurso de muchos años y una predicación constante pueden desaparecer; y no de golpe, sino poquito a poco, según el cariñoso afecto que a ellas tienen sus tradicionales poseedores; verbi gracia: el luto.

- ¿Y qué es luto?.

- Un Diccionario dice que es el traje negro que se viste en testimonio de sentimiento por la muerte de alguno, y la temporada que se lleva; y los paños y balletas negras y otros aparatos fúnebres que se ponen en las casas de los difuntos mientras está el cuerpo presente y en la iglesia durante el oficio.

Pero yo digo, con la venia de las personas especiales que formaron el Diccionario Enciclopédico de la lengua española, que las definiciones anteriores no son exactas, para mi gusto, y que mejor que aquellas es la mía, que doy aunque mal formulada, en la forma siguiente:

Luto es una costumbre casi universal que consiste en vestirse de negro, morado o blanco, segun el tiempo que transcurra de la muerte de alguna persona querida, acortándose o prolongándose segun la proximidad del parentesco, o la elasticidad en gratitud de los parientes o herederos del difunto; o bien la exhibición de un sentimiento profundo y triste, natural o artificial, que nada interesa al que lo mira, y en el cual nadie cree bajo la palabra honrada de unas cuantas varas de lienzo de lúgubre color.

En La Habana se divide el tiempo de la duración del luto, segun categorías.

De padre, madre o abuelos: - Seis meses luto riguroso y seis de alivio.

De hermanos: - Seis meses, por mitad, entre fuerte y flojo.

De tios: - Tres meses.

Y otros lutos pequeños, hasta de nueve días.

De los hijos y nietos, el mismo tiempo que de padres y abuelos sin son adultos, y si no llegan a los siete años... ninguno; lo cual significa que... angelitos al cielo, aunque tengan seis años y trescientos sesenta y cuatro días de nacidos.

Y como algunos muebles y ventanas de la calle, de la casa mortuoria también sienten, visten aquellos platilla de algodón, blanca, siguiendo la proporción de tiempo del luto de sus dueños; y éstas cierran sus hojas que gradualmente van abriendo, según vá disipándose el sentimiento que, según la costumbre, debe abrumarlas.

Y los esclavos también llevan ostensiblemente las fúnebres señales de duelo por más que durante la vida del muerto, gozaran de las dulzuras del paraiso...

Y, verdaderamente, no pueden manifestarse mejor los sufrimientos



de un corazón desgarrado por la pérdida de una madre, que vistiendo un traje rigurosamente negro.

El pobre Amadeo, ha perdido recientemente la suya: es verdad que poco, muy poco, ha disminuido la intensidad de su pena por haber transcurrido los nueve primeros días de agudo sentimiento; sin embargo, sufre horribilmente a juzgar por su traje negro como el plumaje del aura tiñosa, cerrado hasta la barba para que no se vea la camisa blanca, todavía más luctuosa que el aura, pues moreno como el que más, no ostenta una cara rubicunda como la cabeza del ave de color tan contrario a lo que significa el luto. ¡Pobre Amadeo!.

En el café está rodeado de amigos; y entre el humo del tabaco y la explosión de las botellas de cerveza, ríe de las picantes historias de sus compañeros, y habla de sus rumbas y propone otras para cuando se concluya el luto. Y se acuerda de la pelea que le ganó su gallo patiblanco, y del apretón de manos que le dió a una mujercuela cualquiera, y se acuerda... pero no se acuerda, ni por un momento, de la buena señora, que lo tuvo en su seno, que tanto sufrió por criarlo, y que se llamaba su madre!

¿No se acuerda? - ¡Vamos, hombre! ¿Y de que sirve, sinó su figura con todas las apariencias del aura y algo más?.

¿Quién se atreve a decir que Amadeo no se acuerda de su madre, que no sufre? Si Amadeo bebe cerveza en el café, su traje lo justifica, y el color de esa bebida una de las más oscuras. ¿Qué importa que ría, si por guardar el luto, renuncia a los helados de fresas que tanto le agradan, porque el color escandaloso de esa fruta se opone a su sentimiento?.

Amadeo no bebe gin-cok-tail, por su color rosado, mientras está

de luto riguroso: vermouth-cok-tail de color rosa serio y gracias. ¡No hace más que diez días que ha perdido a su madre! .

## II

La joven Tulita, la linda Tulita, hace ocho días quedó viuda de un marido desesenta años o más, que le ha dejado, a puerta cerrada, una cuantiosa herencia. El difunto a pesar de sus años y su dinero, se casó con Tulita por amor puro; y Tulita, a pesar de sus muchos adoradores jóvenes, elegantes y con talento algunos, prefirió a su difunto viejo, impertinente y tísico, pero rico, por amor puro, por pura correspondencia. ¿Qué debe hacer Tulita? - ¡Llorar! - ¿Y si nó puede, si no le sale de adentro? - No le hace, pero debe sentir a su marido, aunque su luna de miel, que fué el tiempo de su matrimonio, la pasara confeccionando cataplasmas, y cocimientos; y ya que no puede llorar <sup>con</sup> el corazón debe hacerlo con la ropa.

Por eso la modista le arregla un vestido de gró negro mate, por eso el peluquero le arregla sus peinados con negras cintas, y compra Tulita ternos de ónix y azabache, y ha tomado un palco grillé, con celosias, en el teatro: por eso... Por eso no ríe sinó tapándose la cara con su abanico negro.

## III

Al día siguiente del entierro del cadáver de su marido, una pobre mujer llora desesperada rodeada de sus hijos. A costa de sacrificios inmensos consiguió el dinero suficiente para los primeros indispensables gastos de cuerpo presente y entierro; pero está agobiada y sus hijos también, por la imprescindible necesidad del luto de sus cuerpos. ¿Cómo podrán ir a trabajar a sus ta-

lles, sus pobres hijos, habiendo perdido a su padre, sin la indispensable ropa negra que exhiba sus legítimos dolores?. Nadie podrá dirigirles las frases acostumbradas - "Les acompaño en su sentimiento".

- Es preciso, indispensable - dice la viuda - vender mi escaparate, **empeñar** mi ropa blanca, todo lo que no se necesite de momento; porque sinó ¿qué dirá la gente?.

- Y que yo no voy a mi trabajo, sin luto - dice uno de sus hijos - porque se me caería la cara de vergüenza.

- Ni yo tampoco.

- Por de pronto - podemos pasar sin él, porque estamos dentro de los nueve días y ningun doliente sale de su casa en ese tiempo.

- ¿Pero qué comemos? - contestaron los dos hermanos.

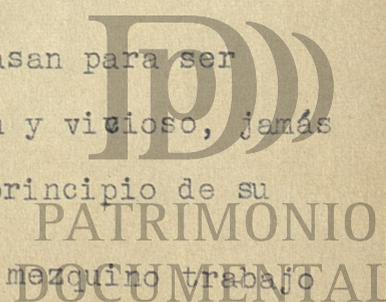
- Iremos pasando con lo que nos fien los caseros; despues, cuando puedan ustedes ir a trabajar, cuando tengan luto, se pagará todo: nos adeudaremos hasta lo sumo: pero ¿Qué remedio?.

- Por supuesto - contestaron sus hijos.

En seguida, con la ayuda de un amigo oficioso, que nunca falta en casos semejantes, se empeñó el escaparate, casi todas las sillas, la ropa blanca de la viuda que podía prestar servicio, y algunas camisas de los pobres hijos del difunto, para rescatarlo todo, si podían, despues de muchas privaciones, porque es indispensable salvar las apariencias.

¡Y tenían razón los dolientes para manifestar al público el dolor que sufrían!.

El pobre difunto era uno de aquellos que se casan para ser mantenidos con el trabajo de sus mujeres. Haragán y vicioso, jamás llevó un centavo a su casa, y medio borracho al principio de su matrimonio, y borracho entero después, vivía del mezquino trabajo



de su mujer y de sus honrados hijos, turbando siempre la tranquilidad doméstica con riñas injustas, que concluían siempre por llevarse, por fuerza, el fruto del trabajo, de su familia, para gastarlo en el mostrador de una bodega, o en una mesa de dominó o en la valla de gallos.

Resultado era de las caricias conyugales del difunto, la falta de algunos dientes en la boca de la viuda, que si ostentaba una frente ancha y despejada lo debía a que su amoroso consorte, en sus raptos de entusiasmo, no le dejaba crecer un pelo en la parte anterior de su cabeza.

- ¡Pobrecito! - exclamaba la señora, en medio de sus apuros - ¡Pobrecito! Es verdad que tenía un genio díscolo y pendenciero, es verdad que a sus geniadas debo no ver más que de un ojo... pero, a pesar de todo, me tenía cariño.

- Por supuesto ¿Te acuerdas cuando rompió toda la loza porque a la doce del día no había que almorzar?.

- ¿Y te acuerdas - cuando me rompió la cabeza el día que compré mi levita blanca?.

- Sí, - contestó la madre - eso fué porque esperaba cogerte el dinero con que la compraste.

- ¡El pobre!

- Y no lo hacía a mal hacer, replicó la viuda, porque despues de esas cosas, se acostaba a dormir tan tranquilo.

- El no tenía la culpa.

- Sus amigos, mi madre, sus amigos.

- La prueba de que nos quería mucho - decía una de los hermanos, - es que nunca peleaba con nosotros, sino cuando veníamos del trabajo, y eso porque quería dinero: y, la verdad, yo no se lo daba



porque se necesitaba para los gastos de la casa.

- ¡Dios lo haya favorecido!

- ¡Tan desgraciado!

- No fué como otros que tantas faltas cometen y tienen la fortuna de que nadie se meta con ellos.

- Ni por pienso; apenas tenía una disputa con un amigo, con un sereno o salvaguardia, ya estaba en la cárcel sufriendo por nosotros.

- Por supuesto; porque sabía que teníamos que trabajar para sostenerlo en la galera, y pagar patentes, y hacer diligencias para sacarlo de allí.

- Y para que vean ustedes que no tenía malas intenciones - dijo la viuda - acuérdense ustedes que, cuando salía de la cárcel, se estaba en casa tranquilo una o dos semanas sin meterse con nadie en la calle, porque no salía, y entonces, hasta engordaba, comía bien, y se estaba hasta más de media noche cantando y tomando sus traguitos hasta que se quedaba dormido.

- Eso, eso fué lo que lo mató - contestó uno de los hijos - pero, como todos tenemos faltas, él tenía las suyas y...

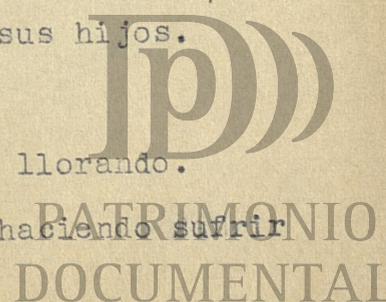
- En fin, - exclamó la viuda lanzando un profundo suspiro - ya descansó, y ya que tan desgraciado fué en el mundo vale más que haya muerto; con eso nadie más se meterá con él para perseguirlo, ni murmurará de sus costumbres. Ya podremos trabajar con más desahogo...

- Y no tendrás quien te golpeé - dijo uno de sus hijos.

- Ya no extrañará - contestó el otro.

- A todo se acostumbra uno - exclamó la madre llorando.

- Yo digo que si había de vivir padeciendo y haciendo sufrir



PATRIMONIO DOCUMENTAL

a los demás, mas vale...

- Y yo digo que Dios sabe lo que hace y que debemos respetar sus altos juicios - dijo sentenciosamente la viuda restregándose satisfecha el ojo bueno y pasándose la mano por la calva.

Servido el almuerzo se sentaron a la mesa y todos comieron con un apetito como no lo habían tenido en vida del difunto; lo que demuestra, de una manera evidente, que siempre el corazón recibe algún consuelo en casos semejantes, si se respetan los altos juicios de Dios, aunque despues, para comprar trapos negros con que salvar las apariencias, haya que vender los escaparates y la ropa que no sea negra.

IV

La úlcera que deja abierta, el mentecato que se muere, en el corazón de sus parientes y amigos, no se cura con ninguno de los agentes therapéuticos que se emplean en las úlceras comunes. El único remedio probado es el tiempo; y tan es así, que una viuda desesperada, en el momento de exhalar su esposo el último suspiro; no traga ni una gota de rocío; despues de una hora , a instancias de personas interesadas, puede tomar una tacita de caldo; luego aceptará, sin instancias, un pocillo de chocolate, y a poco más, aunque llorando, puede comer, obligada por sus amigos, un pedazo de pechuga de gallina que le dará fuerzas para pedir voluntariamente el resto del ave y un vasito de vino de Jerez; pero, que se entienda; cubierto su seno, a reserva de mayor demostración, con un pañuelo de negra sarga.

Despues de un mes, cuando ya la falange de oficiosos amigos y vecinos han abandonado la casa mortuoria, y están entregados los dolientes a sus verdaderos sentimientos, ya empiezan estos a sufrir



124

por la ausencia de la brisa que entraba por las ventanas de la casa; cerradas por el luto, y a contar los meses que falta para abrir sus postigos; y si antes no permitían cantar al canario, ni ladrar al perrito faldero por el luto, ahora, sin advertirlo, una de las hijas del difunto, empezará a cantar a media voz una guarachita.

- ¡Niña, el luto! - le dirá la madre.

Y la niña contestará:

- ¡No me acordaba!

Pero los cuadros estarán forrados de blanco, lienzo, y las lámparas también y también todo lo que relumbre; y no se comerán mameyes colorados, sino caimitos morados, y gracias. ¡Oh señoras y señoritas, las acompaña en su sentimiento!

Ya han pasado dos meses y las niñas están cansadas del encierro, y abren algún tanto y por un momento, un postigo, para ver algo de la calle y oír el órgano que toca en la esquina o en otra parte.

- ¡Qué bonita danza, Luisa!

- ¡Qué bonita!

Y abrazada una hermana a la cintura de la otra, principian un cedazo.

- ¡Niñas, por Dios! - grita su madre. Todavía no es tiempo.

- ¡Maldito luto! - dice Luisa.

- ¡Maldito! - contesta Elena.

En estos momentos entra Da. Emelina, la vecina de al lado, que tiene reunión en su casa con motivo del bautismo de un niño.

- Vecina, - le dice a la madre de las niñas, - traigo un empeño con usted.

- Si está en mi mano...

- Ya lo creo; esta tarde se bautiza mi nietecito y es preciso

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

que Luisa y Elena vayan a divertirse un rato...

- ¡Imposible, el luto!

- ¿Y va a morirse las pobres niñas de tristeza?. ¿Hasta cuando han de sufrir? Es preciso, vecina, que considere usted que son jóvenes, y que todo no ha de ser penas en este mundo: además, en casa no hay mas que una reunión amistosa, de familia; algunas muchachas del barrio y nada más. Se bailará con la música del piano y se cantarán, por jóvenes decentes, alguna cosita. ¿Qué tiene eso de particular?.

- Es verdad Da. Emelina, pero el luto...

- ¡El luto! ¡El luto! - ¿Qué tiene que ver el luto? Además las niñas no van a bailar ni a cantar.

- ¿Qué dirán los que las vean?.

- Eso tiene remedio: estarán ocultas en el primer cuarto y desde allí lo verán todo. ¡Pobrecitas!

- ¿Y los de la calle que las vean pasar a su casa, Da. Emelina?

- Eso también tiene remedio: que se vistan ahora que es medio día, y nadie las vé...

- Sí, mamá - dice Elena.

- Sí, mama - dice Luisa.

- Y usted también vá, vecina añade Da. Emelina a la viuda.

- ¡Yo! - exclama esta admirada - las niñas, pase, que al fin son jóvenes, pero... ¿yo?... ¡Qué locura!

- Mamá, si tu no vas, yo tampoco, - dice Luisa.

- Ni yo tampoco, - agrega Elena.

- No tienen ustedes más que vestirse de blanco y echarse un pañuelo negro por los hombros - propuso Da. Emelina.

- ¡Eso no! - exclaman todas, - de luto riguroso, todavía no es tiempo para otra ropa.



- Como quieran, contesta Da. Emelina - pero pronto, vamos pronto, a comer a casa, de modo que ya estén ustedes allá antes del bautismo.

Y se visten de luto riguroso y de una carrerita pasan a casa de la vecina, no sin advertir antes a los criados que tengan buen cuidado de no abrir los postigos de la ventana, y que no canten ni permitan ruido.

- ¿Qué es eso? - les pregunta en la calle un amigo importuno, señalándoles el traje.

- ¡Mi pobre Juan! - contesta la viuda.

- ¡Mi papaito! - añade Elena.

- ¡Mi padrecito! - exclama Luisa.

- Pues las acompaño en su sentimiento, dice el importuno, dejándoles libre el paso.

La casa de Da. Emelina está perfectamente abierta y alumbrada: ya se comió sabroso, ya se bautizó el niño, se cantó y se bailó todo lo posible. La viuda y sus dos hijas están en el primer cuarto, y puedo jurar que de la calle nadie las ha visto, de manera que nada han dado que decir. Pero las pobrecitas han sufrido mucho... mucho... Los recuerdos que la música les ha traído, han producido en ellas tantas emociones, que asomó a los ojos de la viuda una lágrima...

- Vamos, vecina, - le dice Da. Emelina - ¿Hasta cuándo ese dolor tan profundo...?

- Estaba pensando, contesta la doliente - que si mi marido no hubiera muerto, ahora estaría aquí con nosotras, y las niñas mas contentas...

- Pero todo tiene remedio, interrumpe la vecina.

Y sin consultar a nadie, cierra puertas y ventanas.

- Ahora nadie nos vé; ya no quedamos en casa mas personas que las de confianza y podemos divertirnos todos - vuelve diciendo Da. Emelina. - ¡A la sala, vamos a la sala!

- ¡Dios nos libre!

- Pero si todos somos de confianza: la casa está cerrada: ¡vamos!

Y Da. Emelina porfiada y blandas de corazón la viuda y sus hijas, medio de grado, medio por fuerza, pasan estas a la sala; y no por su gusto, sino a ruego de la reunión, se sienta Luisa al piano y toca las más sandungueras danzas de su repertorio.

- Toca Quién ha visto congo como yo - dice la madre.

Y Luisa la toca de una manera deliciosa.

- ¡Bravo! -exclama la reunión.

- Y eso, - dice la madre entristecida - que mi pobre Luisa no está para el paso...

A las dos de la madrugada la madre y las hijas se quejan de un calor insoportable.

- Pues la madrugada está fresca - observan algunos.

- Es por el luto - contestan la viuda y las niñas.

- Esta ropa negra ahoga a cualquiera, dice Luisa.

- No la puedo resistir - salta Elena.

- ¡Me tiene ahogada! - repite la viuda.

Y empieza a despedirse de todos, seguida de Da. Emelina y otras personas que las acompañan hasta la puerta.

- Que ustedes descansen - dicen algunos.

- Las acompaño en su sentimiento - dicen otros.

Y la madre y las hijas entran en su casa regañando a los criados



PATRIMONIO DOCUMENTAL

porque vieron abierto un postigo de la ventana, estando todavía de luto entero.

Yo creo, mi benévolo lector, o, si quier, malévolo, que el luto exterior nada significa, y que las personas que no tienen que ver con los sentimientos y pesares de otras, cuando ven trapos negros, si piensan en ellos, es para considerar el perjuicio que les hacen a las lavanderas, y si se figuran que tienen por objeto exhibir los sentimientos fúnebres del que los lleva, cuando más, levantan los hombros como diciendo - ¿Y a mí que me cuenta usted?.

Y creo, otrosí, que el verdadero luto está en el mismo centro del corazón, o en cualquiera otra parte, del cuerpo humano menos en los trapos negros; y que cuando se sufre realmente, aunque el doliente esté vestido de arlequín o polichinela, nadie se sienta al piano, ni por compromiso, a tocar Quién ha visto congo como yo ni a cantar la guaracha de Juana Chamicú, ni mucho menos.

Ahora bien, lector, si por desgracia te ves en el caso de salvar las apariencias, o de exhibir, sin necesidad, el dolor que te cause la muerte de una persona querida, te aconsejo, para que no des que decir a los maldicientes, hagas... lo que te dé la gana.

1865.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA